

FRANCISCO HERNÁNDEZ:

A las puertas del Nuevo mundo

Por José Enrique Campillo Álvarez.

Francisco Hernández llega a Sevilla, mediado el Siglo XVI, con treinta y tres años y grandes ansias de continuar sus investigaciones y aumentar sus conocimientos como médico y naturalista. En la ciudad andaluza permanecerá cerca de nueve años ejerciendo la medicina y aprovechando cada momento libre para informarse de las novedades que llegaban de América.

Aquella Sevilla en que se instala Hernández con su familia detenta, por gracia del emperador Carlos V, el monopolio de todo el tráfico de mercancías y hombres con el Nuevo Mundo. Circunstancia que la convierte en el principal centro mercantil y financiero de la Península. En una urbe populosa y ajetreada, poblada por gentes de toda condición y procedencia, deseosas las unas de conseguir los permisos necesarios para ir a hacer fortuna a las Indias, mientras que otras, como los funcionarios de la Real Hacienda y los banqueros de la Corona, esperan impacientes la llegada de la plata y el oro de los que depende el pago de la política imperial. Y junto a ellos, cientos de pícaros organizados en cofradías especializadas en afanar cualquier cosa, en aquel constante fluir de riquezas.

La intensa actividad portuaria en el Guadalquivir, frente al Arenal y las antiguas atarazanas, entre la Torre del Oro y el puente de barcas de Triana, ofrecía una corriente continua de novedades extraordinarias. Hernández consumió muchas horas paseando por las tabernas próximas; allí convidaba a un buen vino dorado a los sedientos marinos y soldados que acababan de desembarcar, para que desgranaran ante él las experiencias vividas en las Indias. La incapacidad de comprender lo visto, la vanidad y el deseo de ostentación desbordaban las mentes de aquellos hombres capaces de construir un mundo fantástico y exótico. Pero, ¿cómo no creerles ante el pájaro de vivos colores y pico desmesurado que se paseaba por el hombro del narrador, o ante las plantas extrañas, de virtudes asombrosas, que exhibía, o a la vista de la joya de oro, con delicados y enigmáticos dibujos, que pendía de su cuello?

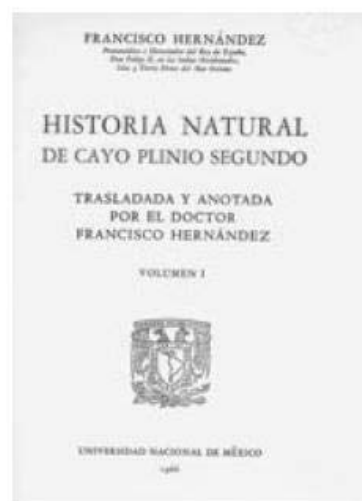
El asombro se acentuaba al oler los exóticos y fuertes olores que se escapaban de los fardos que salían de las bodegas de los galeones y, sobre todo, al observar la gran cantidad de objetos extraños, que los funcionarios de la Casa de Contratación se apresuraban en inventariar en el apartado de la baxilla. Cientos de objetos indígenas de oro y plata: brazaletes, colgantes, máscaras, ídolos que aún no había dado tiempo de convertir en monedas o que habían sido salvados de tal fin por algún humanista que deseaba incorporarlos a sus gabinetes de curiosidades. Además, allí se podían encontrar diferentes criaturas extrañas, muy apreciadas por feriantes y titiriteros que

pagaban por ellas precios exorbitantes, para exhibirlas luego por las fiestas de los pueblos más apartados.

Pronto en la Península imperó la fantasía. Esta situación de confusión entre ciencia y ficción acrecentó en Hernández sus deseos de conocer personalmente aquel Nuevo Mundo, de explorar su fauna y flora, de verificar por sí mismo tanta maravilla, tanta noticia que hacía tambalearse el edificio de las ciencias naturales, descritas por los clásicos como algo inmutable y bien asentado. Afortunadamente, contaba con buenos amigos que le aconsejaron refrenar sus ímpetus y aguardar su oportunidad.

Mientras esta llegaba, Hernández se dedicó a ejercer la medicina con dignidad y reconocimiento. Valoración que él mismo se atribuye al hablar del veneno de la salamandra en la traducción de la *Historia Natural* de Plinio que realiza años más tarde: Vese ansí mismo dormir por los pesebres y anda en los árboles boca arriba, como, viviendo yo en Sevilla y ocupando entre los de mi facultad lugar honesto... (Libro VIII, capítulo XXXI)

Se ocupó también, siempre que se lo permitían sus obligaciones, de satisfacer su pasión por la botánica, realizando exploraciones para buscar y catalogar plantas por Andalucía. Así lo refleja en la obra mencionada cuando comenta: Del blanco, llamado cardo ajonjolí me acuerdo haver visto copia entre Córdoba y Sevilla, con una alcarchofa pegado con la tierra (Libro XXII, capítulo XVIII) En esas correrías le acompañaba su condiscípulo de Alcalá, Juan Fragozo que llegó a ser cirujano de Felipe II y publicó en Madrid, en 1575, un libro sobre las plantas y sus propiedades medicinales, *De Succedaneis Medicamentis*, en el que escribe: Exploré en 1555 el reino de Sevilla, acompañado de Hernández. Los dos amigos trataron, con entusiasmo, de componer una flora andaluza, a modo de compensación por lo que se estaban perdiendo al otro lado del océano, pero no llegaron a concluir el proyecto.



Historia Natural de la Nueva España
Historia de las plantas de la nueva España
Francisco Hernández

Textos de Medicina Náhuatl

